

EL DERRUMBE

YA DESDE principios de 1866 se advirtió que Bazaine, casi sin informar de ello al Emperador, reconcentra las tropas francesas para evacuarlas del territorio mexicano. A pesar de la palabra dada por Napoleón a Maximiliano, de retener los contingentes expedicionarios en México durante cinco años, el monarca francés llamaba a sus soldados sin preocuparle la suerte del soberano austriaco en México.

Las noticias del general Almonte desde París, a donde había ido comisionado para solicitar la ayuda de Napoleón, eran negativas. Ni soldados, ni dinero se obtenían para sostener el Imperio que ya se tambaleaba ante los estupefactos ojos de quienes, ilusos, aspiraron aún a establecer una monarquía hereditaria.

Las relaciones entre Maximiliano y Bazaine eran cada vez más tirantes. Aquel hombre no reconocía como jefe al Emperador de México y la posición del Monarca era por demás desairada porque parecía depender del Mariscal y no éste del Soberano.

Y luego, otro fracaso que llenó de lágrimas los ojos de la Emperatriz. La Legión Austriaca que Maximiliano solicitara de su hermano Francisco José, se había devuelto, ya formada y a punto de embarcarse para México, a su cuartel de Trieste, pues el gobierno de Washington que para entonces se había liberado de su

guerra civil e intervenía en los asuntos americanos, amenazó al Emperador de Austria con una ruptura de relaciones, si un solo soldado de su país salía hacia territorio mexicano. Y Francisco José tuvo más en cuenta su propia conveniencia que la suerte de su hermano en México.

Aquello fue un golpe de muerte para el ánimo de los Emperadores y de los conservadores e imperialistas. Si los soldados franceses se iban, si la Legión Austriaca no venía, no quedaban en torno de Maximiliano más que unos miles de mexicanos y otros tantos austriacos y belgas de la original Legión Extranjera. Y casi sin jefes, pues los principales, Miramón y Márquez, habían sido enviados a Europa por ciertas desavenencias surgidas en el seno de la monarquía. Además, sin recursos, puesto que las cajas del Imperio estaban en bancarrota.

Fue entonces cuando Carlota se aprontó para ir a Europa con la certeza de que ella conseguiría la ayuda de Napoleón para aquel Imperio que era su obra. Y que las cortes europeas no podían serle indiferentes.

Salió de México el 9 de julio, acompañada de sus damas de honor, doña Manuela Gutiérrez de Estrada del Barrio, una sirvienta mexicana y otra vienesa, a más de un nutrido séquito de chambelanes, funcionarios, ayudantes, oficiales y muchos más servidores. Iba vestida de riguroso luto por la muerte de su padre, Leopoldo I, acaecida en diciembre anterior. Y el negro de su austero atavío, daba un aspecto más sombrío a su juvenil rostro marcado ya con la huella de intensos sufrimientos.

El Palacio y el Alcázar sin la femenina presencia de Carlota y sus damas, se vieron vacíos; y Maximiliano sintió en lo profundo un motivo más de abandono.

Las noticias de la guerra reportando las recuperaciones territoriales de los republicanos que, por victorias propias o por la re-

tirada de las tropas francesas, iban ocupando más y más ciudades; la reorganización del ejército liberal, que de la guerra de guerrillas pasaba a una firme ofensiva bajo el mandato de generales como Porfirio Díaz, Mariano Escobedo, Riva Palacio, Régules, Naranjo, Treviño; Juárez regresando desde su rincón de la frontera a Chihuahua, Durango, a Zacatecas y San Luis Potosí, acercándose con su gobierno errante a la capital del bamboleante Imperio; y las tropas francesas concentrándose, llenando las calles en formación de marcha hacia Veracruz y hacia Europa...

Aquello era el derrumbe, el fin de un reinado que nunca tuvo vida propia; y que en el momento que se le retiraba su único apoyo, las bayonetas francesas, se desplomaba.

La más viable solución a tan comprometida situación, era la de abdicar. Se lo sugirieron y pidieron a Maximiliano desde el propio Napoleón III hasta Bazaine, desde ministros y amigos extranjeros hasta los propios imperialistas mexicanos que presenciaban la hecatombe y querían salvarlo y salvarse.

Pero en este punto, Maximiliano obró, o con una indecisión que obedecía a ingenuas esperanzas de una fusión monárquico-liberal; o bien con un sentido de dignidad, tan propio de gentes de alta alcurnia como él, que explican la frase de Francisco I: "Todo se ha perdido menos el honor".

Cuando el 5 de febrero de 1867 Bazaine desfiló por la plaza de armas frente a Catedral y el Palacio, con las últimas tropas expedicionarias que se repatriaban, todas las ventanas del vetusto edificio gubernamental permanecieron cerradas. Era la muda protesta de aquella víctima impotente que había sido traída con engaños y halagos a un país en lucha contra la intervención y el Imperio, un país turbulento y hostil, cuya dominación total jamás lograron los franceses en los seis años de su permanencia en México.

No había habido una despedida oficial entre el Emperador

y el jefe militar francés que se retiraba. Esa era la prueba más evidente de la ruptura. Y el pueblo lo intuía. Algunos miles de curiosos se asomaron aquel día a las calles capitalinas para ver partir a las columnas napoleónicas. Los escépticos que jamás creyeron en la solidez del Imperio, confirmaban sus augurios, un poco desconcertados ya por la incertidumbre del porvenir. Y los que en alguna forma, real o fingida, habían demostrado adhesión hacia la monarquía y su Soberano, asistían lúgubrementemente a aquel desfile de tropas en éxodo que significaba el fin de una época.

Bazaine, junto al general Castelnau y a su esposa mexicana Pepa Peña que lo acompañaba a Europa, envió una postrer mirada hacia el viejo Palacio con sus puertas y ventanas cerradas. ¿Pensó acaso el rudo, el implacable mariscal francés que tras de aquellos silentes muros estaba el naufragio del Imperio, la única víctima, al igual que su mujer Carlota, de aquel sueño imposible y absurdo de dominación napoleónica en América?

Es posible que hasta haya tenido escozores de conciencia porque marchó hacia Veracruz lenta y morosamente, en espera de que Maximiliano se decidiese a abdicar, poniendo fin a la fracasada aventura. Quería llevárselo como había venido: al amparo del ejército francés.

Pero el Emperador se resistió a abandonar el Imperio y a sus fieles. Cuando Bazaine pasó bajo las ventanas cerradas de Palacio, Maximiliano, envuelto en un paletó gris y cubierto de un ancho sombrero de fieltro blanco, estaba de pie, en la azotea del añoso edificio. Sombrío, callado y semi-oculto a las miradas de la tropa y la multitud de la plaza, presencié la partida. En sus ojos azules había una tristeza y una pesadumbre de muerte. Pero también una vaga, recóndita esperanza de que México, al verse libre de los invasores, lo acogiese a él como uno de los suyos que sincera y hondamente deseaba su felicidad y su bienestar.

Dice Blasio que al ver desaparecer al último soldado francés de la gran plaza, el Emperador musitó, hablando en plural, como si sus labios llevasen la voz de México y los mexicanos:

¡Henos libres al fin!

XXI

EL CONSEJO DE ORIZABA

EN NOVIEMBRE de 1866 todo hacía creer que Maximiliano había decidido abdicar. La ciudad de México supo que el Emperador se dirigía a Veracruz con la intención de embarcarse para Europa. Crónicas de la época aseguran, incluso, que parte del equipaje imperial fue enviado por anticipado a las fragatas austriacas *Elizabeth* y *Dandolo*, donde debía partir a su patria de origen el archiduque de Habsburgo.

Pero poco después, las noticias de los acontecimientos verídicos llegaron a México. El Emperador no había salido del país. Estaba en Orizaba a donde habían arribado también, procedentes de Europa, los generales Miramón y Márquez.

En aquella ciudad veracruzana se encontraba el Gabinete en pleno y el Consejo de Estado reunido en Congreso para resolver en definitiva el destino del Monarca y del Imperio. ¿Renunciarían todos y abdicaría el Soberano, dirigiéndose a Europa para salvarse de los republicanos que ya avanzaban triunfalmente, amagando las propias puertas de la Capital?

Era lo más cuerdo porque la causa estaba al borde del aniquilamiento y Napoleón, con sus negativas a los llamados de auxilio, hacía insostenible el Imperio.

Las sesiones del Consejo, bajo la presidencia de don Teodosio

Lares, uno de los doscientos "Notables" que habían traído al archiduque a México, se iniciaron el 25 de noviembre de 1866 y comenzaron los debates que habrían de concluir en la fatídica decisión: Maximiliano se quedaría en México para reorganizar el Imperio sobre bases propias. Y... también para ser sacrificado.

Mientras que aquella veintena de Ministros, Consejeros y hombres de Estado, discutían y argumentaban en pro o en contra, Maximiliano, que no asistía a las reuniones, se fugaba otra vez de sí mismo como en casi todos los momentos torturantes de su reinado. Con su casaca de lino y un fieltro claro de ancha ala y barboquejo dorado, recorría el campo con el naturalista Billimeck, que había venido a México en pos de raras especies de mariposas y otros insectos.

Pero el rostro del archiduque no irradiaba ya la euforia de antaño al contemplar las bellezas de la ubérrima campiña mexicana, tantas veces por él admirada en sus viajes. La dulzura de sus ojos azules se empañaba ya con una sombra de tristeza profunda. Sus mejillas, habitualmente avivadas por un tenue tinte de rosa, aparecían entonces, bajo el sol orizabeño, con palidez de cera que ni el aire del campo era capaz de reanimar.

El excéntrico Billimeck, especie de personaje cómico de la tragedia, exploraba acucioso y absorto el suelo veracruzano, sosteniendo con una mano el enorme quitasol de algodón amarillo, y con la otra, su gran lupa. El trataba de distraer al Soberano con nuevos hallazgos, pero sólo conseguía una melancólica sonrisa y una mirada en la que se descubría una honda preocupación.

Pocos días antes había llegado de Italia el Dr. Bonslaveck, encargado de traer al Emperador la noticia lacerante de la enajenación de Carlota. Supo de sus fútiles esfuerzos ante la corte de las Tullerías y del Vaticano, y conoció también los detalles de la paté-

tica escena en Saint Cloud en que Carlota llamó a Napoleón "¡Asesino!" y lo acusó de haberla envenenado cuando Eugenia trató de calmarla con un vaso de naranjada. Se enteró también que en Roma se rehusaba a comer por la obsesión de que todo estaba envenenado. Y que para calmarla, su fiel camarera Matilde Dobler confeccionaba en su propia alcoba los alimentos. Atadas a la pata de una mesa, dentro de la habitación, estaban siempre dos o tres gallinas, pues allí mismo las mataba y destazaba. Y Carlota, personalmente acudía a las fuentes de Roma con una jarra en busca de agua que no tuviera el veneno de Napoleón.

Maximiliano abatido, agobiado de pena ante aquel nuevo dardo de su creciente tragedia, se refugiaba en el campo, en los diarios recorridos con el naturalista Billimeck. Por primera vez, su cuerpo arrogante, de erguida y elegante esbeltez, se doblegó bajo el peso de su infortunio; y todos los que vieron entonces a aquel príncipe de treinta y cuatro años, notaron que sus hombros se habían encorvado imperceptiblemente y que su rubia cabeza, de suyo altiva y airosa, se inclinaba con visible fatiga, como queriendo encontrar un apoyo en el hendido pecho.

¡Cuántas veces, con la mirada ausente y la angustia en el alma, habría de pensar que allí, a un paso, en Veracruz, estaba su salvación! Pero... ¿y su palabra empeñada desde Miramar, su promesa de dedicar su vida a salvar a México? No podía, no debía huir de aquel país que se le había entregado y que él amaba sincera y profundamente desde que se le metió en el corazón en 1864.

El Consejo de Orizaba vino a sacarlo de sus cavilaciones. Se votó con un escaso margen de diez contra ocho, en favor del sostenimiento del Imperio, y de la permanencia de Maximiliano en el trono de México.

Por esa exigua mayoría, aun después de dictado el fallo, algunos Ministros insistieron en la abdicación pues arguyeron, con

razón, que la causa estaba irremisiblemente perdida. Varios de ellos, entre quienes se contaba don Juan de Dios Peza, padre del poeta del hogar, pidieron licencia para retirarse a Europa.

Maximiliano, viéndolos partir, titubeó una vez más en su resolución. Pero en esos días recibió una carta de su madre, la Archiduquesa Sofía, que él leyó para sí, sin haber enterado ni a sus íntimos de su contenido. Los historiadores saben solamente que la augusta anciana lo incitaba a mantener su dignidad y preservar su honor permaneciendo en su sitio hasta el final. ¿O acaso insinuaba que aquella supuesta inclinación amorosa del archiduque hacia su cuñada, la bellísima Emperatriz Isabel, le vedaba, como a su partida para México, su estancia en la corte de Viena, en Miramar y aun en Europa?

Es un misterio histórico aquella carta. Pero tras su lectura, Maximiliano pareció decidir su destino. Aceptó apoyar la reorganización del Imperio sin la ayuda de Francia. Márquez y Miramón fueron los encargados de concentrar las tropas mexicanas de la corona y las austro-belgas de la Legión Extranjera para una pretendida ofensiva en pro de la causa imperial. Y hasta el último céntimo del escuálido erario, fue dispuesto para un solo fin: la conservación del Imperio.

Los equipajes de Maximiliano volvieron de Veracruz y él se dispuso a salir de nuevo a México, habiendo antes lanzado una proclama en la que informaba del Consejo de Orizaba y pedía, en uno de sus rasgos de democracia que tanto pasmaban a los conservadores, que la Nación, por propia voluntad, decidiese su destino.

Decía en la célebre proclama:

“Circunstancias de grave importancia relativas al bienestar de nuestra patria que han adquirido mayor fuerza por causa de des-

gracias domésticas, habían producido en nuestro espíritu la convicción de que debíamos devolver el poder que nos habíais confiado.

“Nuestros consejos de ministros y de Estado, convocados por Nos, opinaron que el bien de México exige que todavía conservemos el poder. Hemos creído deber acceder a sus instancias, anunciándoles a la vez nuestra intención de reunir un Congreso Nacional sobre las bases más amplias y más liberales donde tengan acceso todos los partidos. Este Congreso determinará si debe subsistir el Imperio, y en el caso afirmativo, promulgará las Leyes vitales para la consolidación de sus instituciones políticas. Con este objeto se ocupan actualmente nuestros consejeros en proponer las medidas oportunas y al mismo tiempo se darán los pasos convenientes para que todos los partidos se presten a un arreglo bajo estas bases.

“Entre tanto, Mexicanos, contando con todos vosotros sin exclusión de ningún color político, nos esforzaremos a continuar con valor y constancia la obra de regeneración que habéis confiado a vuestro compatriota,

Maximiliano”.

Con todo y el liberalismo que tal proclama acusaba al llamar a “todos los partidos”, para que votasen en pro o en contra del Emperador y el Imperio, sería el principio del fin. El Congreso Nacional anunciado, no se reuniría nunca y Maximiliano sucumbiría ante el empuje avasallador de los republicanos.

Era su destino.

EL PRINCIPIO DEL FIN

TODAVÍA PERMANECERÍA Maximiliano por unos días en Orizaba presintiendo que jamás habría de volver a aquella florida ciudad que tanto amaba.

Lo aquejaba ya un principio de disentería que unos meses más tarde, en Querétaro, lo iba a debilitar en tal forma, hasta hacerlo guardar cama mientras se entablaba el juicio que lo condenaría a muerte.

El día 12 de diciembre de 1866 se resolvió por fin a enfrentarse al magno problema que lo esperaba en México: la subsistencia o abolición del Imperio.

Todavía en Puebla se le acercaron el general Castelnau y el Ministro de Francia, Monsieur Dano, persistiendo en la abdicación. Pero Maximiliano se opuso declarando que sólo por decisión unánime de la Nación dejaría el trono y saldría para Europa. Pensaba todavía en la reunión del Congreso Nacional citado en su proclama, sin sospechar quizá que tal asamblea no llegaría a efectuarse nunca porque los acontecimientos precipitarían su salida a Querétaro para vivir allí la etapa final de su reinado.

Como si desease eludir su rango imperial en tanto que no se votara en favor suyo o en su contra, no quiso ocupar ni el Palacio ni el Alcázar de Chapultepec a su regreso a México. Escogió la

Hacienda de la Teja, finca campestre ubicada en las inmediaciones de lo que hoy es el Monumento de la Independencia sobre el actual Paseo de la Reforma.

Allí se estableció con sus leales y habría permanecido más tiempo, hasta salir para Querétaro, si no lo hubiesen presionado sus Ministros y Consejeros para dejar la hacienda, pues se descubrió a varios merodeadores en sospechosa actitud de atentar contra su vida.

Fue pues así que, desde los últimos días de enero del '67, hasta el 13 de febrero siguiente, fecha en que partió para Querétaro, Maximiliano ocupó por última vez el Palacio Imperial. Y así fue también como le tocó presenciar de incógnito, desde la azotea del ancestral edificio, el éxodo fatídico de las últimas tropas francesas, ya que abajo, como una muda protesta, se habían mandado cerrar las puertas y ventanas del Palacio.

Con aquellos soldados, entre quienes partían también numerosos emigrados políticos mexicanos para salvarse de la catástrofe, se iba el apoyo principal de su reinado, pero también el mayor obstáculo para su seguridad personal. Porque aquellos hombres que emigraban eran invasores de un país libre. Y durante más de cinco años, amparados en su fuerza, habían cometido los peores atropellos, matando a diestra y siniestra, saqueando, robando o abusando en todos sentidos como vil soldadesca, y no como los dignos soldados que pretendían ser, pertenecientes al ejército más civilizado del mundo. No en vano el general Douay había acusado a Bazaine de que "por enriquecerse, sacrificaba el honor de Francia".

Y él, Maximiliano, que había sido puesto en el trono por el Emperador de aquellos soldados, y sostenido en su Imperio por ellos, tenía que ser considerado como parte integrante de la invasión.

Si en lo personal, dada su simpatía y bondad innatas, nunca

provocó odios, por su representación oficial en México, sí suscitó enconada oposición. El hombre que se fusiló en Querétaro no fue el amable, benévolo y sentimental Fernando Maximiliano de Habsburgo. Fue el Archiduque austriaco que se prestó a usurpar el primer puesto gubernamental de México que, por extranjero, no le pertenecía.

Aquella exclamación suya, "¡Henos libres al fin!", cuando vio partir a los soldados de Francia, era una personalización. Indicaba la ingenua y candorosa ilusión del príncipe que esperaba todavía ser acogido por los mexicanos como uno de los suyos para gobernar en libertad, sin presión extranjera alguna.

Retirados los ejércitos franceses de México, el país no estaba invadido ya. Era libre. Podía establecerse la paz y hacerse efectiva la independencia. Maximiliano compartía aquel unánime sentir de la nación como si hubiese sido un mexicano.

Si al principio le había sido penosa la partida de Bazaine y sus tropas, de pronto brotaba en su alma de iluso, una esperanza. El gobernaría con Juárez y los demás jefes republicanos para felicidad y bienestar de México. Lo sentía de corazón, creía firmemente en su posibilidad y hay la certeza de que al partir para Querétaro, se dirigió a Porfirio Díaz, el general más destacado de la Reforma, pidiéndole que se encargase del comando de las fuerzas del Imperio para una pronta reconciliación.

Esos eran los vaivenes y contradicciones de su carácter que algunos tachan de veleidosidad e indecisión, pero que no deben verse más que como impulsos de una alma pura, sin malicia ni perversidad. Puede afirmarse que Maximiliano, pese a que incurrió en errores de táctica política, obró siempre de buena fe.

Ocho días después de la evacuación del ejército francés, y mientras Bazaine deliberadamente retardaba su marcha a Veracruz, o le enviaba mensajes y correos esperando hasta el último instante

que Maximiliano se decidiese a abdicar y a volver con él a Europa, el Emperador determinaba otra cosa.

En un súbito impulso y ante la estupefacción de todos, montó su brioso caballo el "Orispelo" y asumió el mando de un cuerpo del ejército imperial, saliendo rumbo a Querétaro vestido de general mexicano. Iba a trasladar el Imperio, como Juárez lo había hecho con su gobierno, a otra ciudad que aún no estaba dominada por los republicanos.

Unos días antes, Miramón había sido derrotado en San Jacinto por los generales Escobedo y Treviño. Cuernavaca había sido tomada por los liberales, y la bella Casa del Jardín Borda donde pasó Maximiliano tantas amables temporadas y hasta tuvo amoríos con la hija de su jardinero, fue saqueada y semidestruida en represalia.

La capital estaba amagada de muy cerca y don Leonardo Márquez, el general que fungía como comandante militar de la plaza, se apresuraba a fortificarla.

Maximiliano, influido por el consejo de su Ministro Lares, pensó que en Querétaro, una ciudad que le era leal todavía, podría realizar su dotado sueño de unificación. Quería también evitar a la capital las consecuencias de un posible sitio que no era del todo remoto en aquellas condiciones adversas.

Salió, pues, a Querétaro, muy temprano el día 13 de febrero de 1867, al frente de dos mil soldados de infantería, una guardia municipal de caballería, otra de a pie y el Regimiento de la Emperatriz comandado por el coronel Miguel López, el mismo que habría de suscitar la suspicacia de la Historia con su extraña actitud en el Convento de la Cruz, que lo señala como traidor a su imperial jefe Maximiliano.

Márquez que también se haría más tarde sospechoso de traicionar al Emperador al no haber regresado en oportuno auxilio cuando fue enviado de Querétaro a México para el objeto, formaba par-